

Capítulo XLVII.

Visita de Guacanajari á la escuadra española.

Las noticias que habia recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el dia señalado á visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecian á primera vista un cuadro sorprendente.

Los indios, que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podian ménos de contemplar con admiracion aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlas con el rayo, se complacian en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.

Subió á la carabela del almirante, y allí ofreció Colon un banquete en su honor á los indios.

Despues, para satisfacer su curiosidad, les enseñó minuciosamente el buque; por medio del intérprete les explicó las piezas de que constaba, y en un momento dado hizo que todas las embarcaciones disparasen los cañones, cuya detonacion no pudieron oír sin estremecimiento sus huéspedes.

Pero lo que más sorpresa, lo que más admiracion causó á Guacanajari, fué la presencia de los indios caribes.

Aquellos hombres feroces tenian en los piés pesadas cadenas, y estaban amarrados al palo mayor de la *Marigalante*.

A pesar de saber que estaban prisioneros, y que los defendia de su ferocidad los españoles, el mismo

Guacanajari y los que le acompañaban retrocedieron al descubrirlos.

¡Tal era el miedo que la sola mirada de aquellos bárbaros les infundía!

El prestigio que adquirieron los españoles á sus ojos por haber dominado á los caribes, fué inmenso.

¿Cómo habian de dudar un solo instante de la superioridad de aquellos hombres, ni de la proteccion que pensaban dispensarles, cuando por de pronto habian subyugado á sus mayores enemigos?

Aún quedaba más que ver á Guacanajari.

Colon quiso proporcionarle el espectáculo de las plantas y frutos y de las diversas razas de animales que llevaba á bordo para aclimatarlas en la isla, y solo puede darse una idea de la curiosidad, del interés que aquellos objetos despertaban en los indios figurándose la admiracion que causan en el aldeano que llega por la primera vez á la córte las tiendas, los paseos, los edificios, los objetos que en todas partes se aparecen á sus asombrados ojos.

Lo que más entusiasmó á Guacanajari, fué los caballos.

Nunca habia visto cuadrúpedos de tan elevada talla, y no se cansaba de admirar el volumen de aquellos nobles animales, su fuerza y su docilidad.

Colon le prometió llevar á la isla cuanto acababa de ver, y Guacanajari y los indios, prorumpiendo en gritos de alegría, se consideraron los habitantes más felices de la tierra.

Era tal la sensacion que aquel espectáculo habia

producido en el rey de Haiti, que se olvidó de sus penas, borró de su memoria la imagen que tanto habia llorado, y ni se acordaba de la desastrosa derrota que habia sufrido.

Dando tregua á sus padecimientos:

—Aún me protege Vagoniana,—exclamó;—aún no ha caído la maldicion sobre mí; aún aguardan dias de prosperidad y de engrandecimiento á mi reino.

Colon aprovechó las circunstancias para comunicar á Guacanajari sus propósitos.

—Si considerais nuestra venida como un buen augurio,—le dijo,—si creéis que pueden contribuir á vuestra prosperidad todos los objetos que habeis visto; si nuestra compañía os es grata, yo os aseguro en nombre de los reyes mis señores que nunca nos apartaremos de vuestro lado, viviremos en vuestra compañía, edificaremos casas más sólidas que las vuestras, os inculcaremos los principios de nuestra religion; en una palabra, difundiremos entre vosotros la civilizacion de nuestra pátria, y os haremos felices defendiéndoos de vuestros enemigos.

Guacanajari escuchó estas palabras con vivas muestras de satisfaccion.

Pero un butio que le acompañaba como su más fiel consejero, el venerable Ainibac, frunció el ceño al oír aquellas proposiciones, y pasando su mirada inquieta y recelosa por todos los españoles, concibió un temor que no tardó en comunicar á Guacanajari.

Antes de despedirse del almirante para volver á tierra, mandó Colon llamar á diez indias que habia

librado de la esclavitud arrancándolas de las manos de los caribes en la Guadalupe, mujeres de peregrina belleza y naturales la mayor parte de la isla de Boriquen ó Puerto Rico

Aquellas mujeres eran el término medio entre la raza india y la europea.

Participaban de la belleza de una y otra raza.

Su color no era cobrizo ó pálido, sino moreno pero sonrosado.

Sus grandes ojos tenían la luz de los trópicos, y al mismo tiempo la suavidad y la dulzura de los de las mujeres del Norte.

Sus formas eran esbeltas y no tenían su rostro ni manchaban sus brazos con las pinturas que servían de adorno á los indios de Haiti.

Iban además cubiertas con cendales de algodón tejido, y en el cuello llevaban una especie de collares de cuentas encarnadas.

Su cabellera, suelta siempre, era negra y sedosa.

Casi todas ellas, para la recepción que tuvo el almirante á bordo, se adornaron con cintas y otros objetos que les habían regalado los españoles.

Una de ellas, más inteligente y más bella que las otras, parecía dominarlas, y fué la que se presentó primero al llamamiento de Colón.

Su idioma no era el mismo que el de Guacanajari, pero existía entre ellas y los indios mayor facilidad de comprensión que entre los españoles y los habitantes de Haiti.

Los españoles habían dado á aquella mujer el

nombre de Catalina, y algunos de los oficiales se habían recreado en su hermosura.

Pero Colón había dispuesto que no saliesen de la carabela capitana, y allí las custodiaba y las tenía bajo su protección, colmándolas de beneficios, porque se proponía volver con ellas á la isla de donde habían sido robadas, y quería que en ella pudiesen hacer de él los mayores elogios, captándose las simpatías de los naturales.

Catalina había inspirado una pasión vehemente al indio predilecto de Colón, al habitante de Guanahani que le había acompañado á España, que había sido bautizado con el nombre de Diego, y que volvía á su lado sirviéndole de intérprete.

Apenas fijó sus ojos Guacanajari en Catalina, sintió un estremecimiento en todo su ser.

Parecía que con sus miradas aquella india había encendido de pronto una hoguera en su pecho.

El amor latió de nuevo en el corazón del soberano de Haiti.

—Tú serás reina de mi reino,—dijo á Catalina al despedirse de ella.

Diego escuchó estas palabras y las guardó en su pecho.

Colón comprendió lo que había pasado, y pensó que aquella inesperada pasión podía servirle de mucho.

Los indios volvieron á tierra, y Colón, seguro ya de que contaba con su amistad, llamó á los capitanes para tratar con ellos de la colonización de la isla.

Aún debía sufrir mucho ántes de realizar sus designios.

Aún las circunstancias debían venir á dar la razón al padre Boil y á presentar á Guacanajari á los ojos del almirante como un traidor.

El amor, como siempre, desempeñó en aquellas circunstancias el principal papel.

Capítulo XLVIII.

Historia de una india.

La india Catalina tenía una historia que conviene á mi propósito referir en breves líneas.

Había visto la luz en Boriquen, y era hija de un guerrero que por su valor había llegado á ser cacique de una de las tribus más poderosas de la isla.

Su nombre era Bayoan.

Veinte años ántes había salido de las islas Azores una carabela, á bordo de la cual iba un audaz marino.

Comerciaba con Inglaterra y Francia, y en una de sus expediciones le cogió un fuerte temporal en alta mar.

Aquel hombre amaba á una mujer que, prendada de su valor y de sus nobles cualidades, había arros-